



Europa en el siglo XXI

Anatomía de una crisis

ANTONIO MORENO JUSTE

Profesor titular de Historia Contemporánea, Universidad Complutense



RESUMEN

La sensación de crisis, que sin solución de continuidad atraviesa Europa, es uno de los efectos más visibles de los encuentros y desencuentros en Europa de una serie de procesos y tendencias dominantes a lo largo de los últimos treinta años. El corolario de todo ello es una crisis multidimensional, resultado de la yuxtaposición de diferentes problemas que constituyen algo más que un cambio de ciclo, coincidiendo con la crisis del orden liberal construido tras la Segunda Guerra Mundial y las dudas sobre el proceso de globalización surgidas con la gran recesión.

Palabras Clave: Cambio civilizatorio, Crisis Europea, Construcción europea, Globalización, Gran recesión, Orden liberal.

RESUM

La sensació de crisi, que sense solució de continuïtat travessa Europa, és un dels efectes més visibles de les trobades i desencontres a Europa d'una sèrie de processos i tendències dominants al llarg dels últims trenta anys. El corol·lari de tot això és una crisi multidimensional, resultat de la yuxtaposició de diferents problemes que constitueixen alguna cosa més que un canvi de cicle, coincidint amb la crisi de l'ordre liberal construït després de la Segona Guerra Mundial i els dubtes sobre el procés de globalització sorgides amb la gran recesió.

Paraules Clau: Canvi civilitzatori, Crisi Europea, Construcció europea, Globalització, Gran recessió, Ordre liberal.

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

ABSTRACT

The feeling of crisis, which continues unabated across Europe, is one of the most visible effects of the encounters and misunderstandings of a series of dominant processes and trends in Europe over the last thirty years. The corollary is a multidimensional crisis, a result of the overlapping of different problems that constitute more than just a change of cycle, coinciding with the crisis of the liberal order constructed after the Second World War and the doubts about the process of globalisation that arose with the great recession.

Keywords: Civilisational change, European Crisis, European Construction, Globalisation, Great Recession, Liberal Order.

El olvidado siglo XX

Europa acabó el siglo XX – recuerda Tony Judt¹ – con una estabilidad y prosperidad sin precedentes. Atrás habían quedado las guerras, las dictaduras y los tiempos de odios, se habían superado la mayoría de los conflictos étnicos y disputas territoriales que la habían conducido al abismo de la Segunda Guerra Mundial, al tiempo que la extensión de la democracia fue acompañada de notables avances económicos, derechos civiles y libertades. Pero esto no era todo, pues los ciudadanos dejaron de estar discriminados por su raza, género o condición y disfrutaban de un amplio sistema de beneficios sociales. Ciertamente, como afirma Julián Casanova, “no era el paraíso, pero comparado con el pasado y con lo que se veía en otros continentes, muchos tenían la sensación de estar viviendo en el mejor de los mundos posibles”.²

Lo cierto es que la Europa de posguerra no llegó a plantearse a sí misma como un sistema político, económico y social propio, ni como un modelo. Incluso es discutible que inicialmente tuviese tal pretensión, ya que el proyecto de una Europa unida careció durante décadas de esa ambición, aunque es cierto que con el tiempo fue generando una cierta especificidad. Situación de la que tomaría conciencia abruptamente en el momento en que entendió precisamente que esa especificidad –ahora definida inequívocamente como modelo europeo – comenzaba a estar amenazada a lo largo de la década de los setenta. Ese modelo se habría basado, a grandes rasgos, en regímenes parlamentarios, reformismo keynesiano, economía mixta – con un gran incremento del sector público y un grado de planificación indicativa considerable –, educación pública, seguridad social y sis-

¹ Judt (2006): pp. 1135 y ss.

² Casanova, Julián: “Lo que enseña la Historia”, *El País*, 31 de julio, 2011.

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

temas de protección universales. Pero también, aunque de forma más velada, de cierto anhelo por constituirse internacionalmente como tercera fuerza en un mundo bipolar y, cómo no, por haber generado avances significativos hacia la unidad política y económica.³

No obstante, en los últimos años todo parece haber cambiado. Las amables imágenes que sugerían el nacimiento de una Europa como representación de los valores de paz, solidaridad, reconciliación o democratización parecen haber quedado superadas en el imaginario colectivo de muchos europeos. El retorno de la xenofobia, el racismo y el populismo al Viejo Continente cuestionan esa Europa idílica adelantada del relato europeo de posguerra. Lo cierto es que, para los europeos que vivieron la Segunda Guerra Mundial, la construcción europea representó durante décadas las ideas de paz, solidaridad y reconciliación. Posteriormente, aquéllos que vivieron dictaduras durante la segunda mitad del siglo XX sintieron que esa Europa representaba el ideal de la democracia, progreso económico y modernidad social, primero en la Europa del Sur en los setenta y ochenta, después en la Europa Central y del Este tras la caída del Muro.

En cierto modo, Europa ha acabado por convertirse en cautiva de su propio éxito, y hoy ya no es tan fácil percibir esos valores⁴. De hecho, en los últimos diez años ha crecido el número de los que dudan sobre el proyecto de la Unión Europea. Todo ello, en un contexto en el que la ciudadanía europea se encuentra dividida en unos niveles que no se recordaban desde la inmediata posguerra ante las incertidumbres de un futuro que se observa con pesimismo y no exento de prevención⁵. No le faltaba razón a Tony Judt cuando en 1995 escribía que el mito de Europa que se había creado sería un grave impedimento, no ya para resolver, sino para poder reconocer los problemas de la construcción europea: “Si vemos la Unión Europea como una solución para todo, invocando la palabra Europa como un mantra (...), un día nos daremos cuenta de que, lejos de resolver los problemas de nuestro continente, el mito de Europa se habrá convertido en un impedimento para reconocerlos”⁶.

Todo ello, en cualquier caso, no debe hacernos olvidar que la historia europea de postguerra ha sido un período excepcional, de progreso genuino en el que la integración económica y política de Europa ha desempeñado un gran papel tanto en el logro de la paz como de la prosperidad, y, por supuesto, en la formación de la Europa tolerante y democrática que conocemos. Sin la construcción europea, con toda probabilidad Europa sería hoy menos pacífica, menos próspera y menos

³ Moreno Juste (2018) pp. 75-88

⁴ Manners y Murray (2016): pp. 185-202

⁵ Bruneteau (2018): pp. 151-184

⁶ Judt (2013): p. 152

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

democrática. Una historia de éxito que ,en cierto modo, queda empañada si la miramos sólo desde el presente.

En realidad, el abrupto final de la bonanza económica en los años setenta y la imposibilidad de recuperar las tasas de crecimiento registradas a partir de 1950-1951 supuso la aceptación incrédula de que la *edad dorada*, los *treinta gloriosos*, habían tocado fin y asumir ese tiempo como un periodo de crecimiento excepcional y no de normalidad. De hecho, hizo falta casi una década en aceptar que la crisis de 1973 no fue una crisis coyuntural y que lo que había que hacer era plantear nuevas políticas económicas, políticas y sociales, sin embargo, las soluciones aportadas en torno a la idea de “más Europa” rearmaron el relato europeo en los años ochenta.⁷

Desde ese momento, Europa Occidental, pareció vivir con notable nostalgia los *treinta gloriosos* en las que el crecimiento especialmente elevado propicio los ambiciosos programas sociales y todavía no puede o no quiere comprender qué genio malévolo impuso un desarrollo económico tan bajo a partir de los ochenta que abrieron los “*treinta años penosos*” – que pronto serán cuarenta –, y que en líneas generales muchos han relacionado con la desregulación iniciada por el movimiento de liberalización iniciado por aquel tiempo y que se potenciaría en los noventa tras la desaparición del “socialismo real”.

Es más, si algo parecía evidente para los europeos en los primeros compases del siglo XXI, era que sus sociedades dependían cada vez más de las tendencias mundiales, y especialmente de la globalización sobre la que Europa podía intentar influir pero no controlar. Sin embargo, Europa no fue totalmente consciente del tranquilo remanso en que se había convertido tras el final de la Guerra Fría, y, por supuesto, ignoraba por cuánto tiempo podían prolongarse las positivas tendencias de la segunda mitad del siglo pasado, capitales en el excepcional de progreso en la vida de los europeos occidentales en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, pero ya muy erosionadas.

Aunque quizás, lo más inquietante residía en que, si bien al proceso de construcción europea se le concedía tras el Tratado de Maastricht (1992) un papel central, tanto en la conformación del relato europeo como en las narrativas nacionales desde 1945, sus competencias y capacidades reales de actuación eran difícilmente equiparables a ese rol. De hecho, la Unión Europea surgida tras la *caída del muro* no fue el resultado de un diseño político preciso, ni el ideal de una Europa unida tiene el potencial movilizador del socialismo o del nacionalismo. Pero sobre todo, como observó Andrew Moravcsik, el problema residía en que de

⁷ Gilbert (2008): pp. 641-662

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

las cinco grandes cuestiones en la agenda política de las democracias de Europa Occidental desde la conclusión de la Segunda Guerra Mundial (la prestación de atención sanitaria, la educación, la ley y el orden, las pensiones y la seguridad social, y la fiscalidad), ninguna es hoy – ni lo ha sido, tampoco – prioritariamente, competencia ni de la Comunidad ni de la Unión Europea, cuando son estos los problemas que ocuparon y ocupan el centro del debate político en Europa.⁸

El estallido de la crisis financiera de 2008 y su mutación europea a partir de 2010, con el consiguiente impacto sobre la zona euro y sus consecuencias, han tenido efectos diferenciados dentro de la Unión; a Irlanda, Grecia, Portugal o España, les ha afectado en términos de crecimiento mucho más que a otros como Alemania u Holanda. Mientras que en Italia y en Francia el endeudamiento del sector público se elevó muy por encima de los límites estipulados por la Banco Central Europeo, pero sobre todo el insoportable aumento de las deudas soberanas en los países del Sur y las políticas de austeridad inspiradas desde Berlín e impuestas por Bruselas para combatirlas, cambiaron radicalmente el guion tanto en términos políticos como sociales de la construcción europea en el siglo XXI.⁹

Por un lado, puso en cuestión la conocida tesis de Alan Millward¹⁰ sobre el rescate del Estado nación, ya que acentuó la percepción de que, lejos de fortalecer el poder de cada uno de los Estados gracias a la acción conjunta, los ha llevado a lo contrario – incluida Francia –, y sólo Alemania parece levantar cabeza en forma de nuevo *hegemon* posmoderno. De hecho, en las dos décadas posteriores a la tras la *caída del muro* en el contexto europeo las armas nucleares no poseían ya la misma importancia que en el pasado, lo que en consecuencia acabo afectando al equilibrio político europeo.

La debilidad alemana frente al resto del mundo terminó, pacífica e inesperadamente, con la caída del Muro de Berlín, un acontecimiento que abrió un proceso vertiginoso e imparable de reunificación – la *Erfolgsgeschichte* (historia de éxito) ha contribuido a una renovada influencia de Alemania en Europa y en el mundo¹¹ –. A partir de los años noventa, el país comienza a desempeñar un rol más relevante en la esfera diplomática y militar, que pasa por la intervención política en la antigua Yugoslavia, por el despliegue de cascos azules en diversas regiones y por la ampliación de la Unión Europea en 2004 hacia Estados de la tradicional área de influencia germana (Polonia, República Checa, Eslovaquia, Eslovenia, Hungría...). Al compás del creciente peso, Alemania ha alcanzado una posición

⁸ Moravcsik (2002): pp. 603-624

⁹ Brunnermaier, James y Landau (2018): pp. 11-28

¹⁰ Millward (2000): pp. 21-46

¹¹ Van Middelaar(2013): pp. 294-306

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

de “semihegemonía”, según la definición de Hans Kundnani¹², donde el país no aparece en absoluto rodeado de enemigos, como en otras épocas, sino más bien todo lo contrario, al estar arropado en sus fronteras por Estados miembros de la OTAN. Este nuevo mapa de poder europeo, todavía anterior a la crisis del euro en 2010, hizo rebrotar la idea de la *Mitteleuropa*, tan temida por unos como admirada por otros, a lo largo del tiempo, una historia llena de fracasos, triunfos, crueldades y avances.

Desde esa perspectiva, Alemania emergió en los años más duros de la *gran recesión* dentro de una red de países a los que impuso medidas, pero no normas, en una sutil distinción entre ejercer la hegemonía total o sólo imponer las recetas económicas, que ponía de manifiesto las dudas de Berlín en relación a su papel en Europa. En medio de estos dilemas, Alemania se convirtió en el chivo expiatorio y la encarnación del verdugo austericida por las políticas anticrisis impuestas a los países del Sur de la Unión Europea con la crisis de la *zona euro*, una situación que amenazaba con superar el manido juego de palabras surgido en los años de reunificación, de *una Alemania europea o una Europa alemana*, recuperado en 2012 por Ulrich Beck¹³. De hecho, la posición de Alemania en Europa ha resultado paradójica y confusa en la última década, ya que sus vecinos y socios le han reprochado tanto su intervencionismo como su retraimiento, su prepotencia y su indiferencia. En decir, por expresarlo en otras palabras, Alemania se ha movido en la encrucijada entre semihegemonía o hegemonía total¹⁴. Una divisoria muy difusa y, todavía más, en los convulsos tiempos que sacuden a Europa.

En realidad, algo no tan extraordinario si observamos el marco europeo en el juego de poder mundial y retrocedemos a los años ochenta y tenemos en cuenta el papel de Estados Unidos en relación con el orden europeo, la forma en que se entretejieron las relaciones entre la OTAN y la Unión Europea en ese nuevo contexto y el papel de los Estados Unidos que dio pasos para imponer y apresurar la entrada en la OTAN de los países del Grupo de Visegrado (Polonia, Hungría y Checoslovaquia), y así presionar en favor del ingreso a la UE de las antiguas democracias populares. El apoyo que les otorgó le sirvió a Estados Unidos para contar con nuevos miembros dentro de esas dos instancias con posiciones favorables a la superpotencia. En 1999, se firmó en Washington el Tratado que oficializó el ingreso de esos tres países a la alianza atlántica, lo que les aseguró su futuro ingreso a la Unión Europea.¹⁵

¹² Kundnani (2015a): pp. 107-115

¹³ Beck (2012): pp. 12-13

¹⁴ Kundnani, (2015b): pp. 16-20

¹⁵ Berend (2013): pp. 78 y ss.

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

En 2004, luego de una segunda ampliación de la OTAN, diez países europeos de la antigua esfera de influencia soviética fueron admitidos oficialmente como miembros de la UE. Así, 2004 resulto en cierto modo un corolario de 1999. El resultado no fue otro que una sobre-extensión, prematura a juicio de la mayoría de críticos de la Unión, que no obedeció a un proceso de intensificación de los intercambios económicos, humanos y culturales, pero que, en cambio, sí reunió a economías y sociedades muy dispares. El fracaso en 2005 del proceso constituyente puso en evidencia que al proyecto europeo le faltaba, entre otras cosas, un arraigo social mayor. Pero no sólo eso; durante este tiempo, se afianzó la subordinación del orden regional europeo a los intereses estratégicos del orden mundial encabezado por Estados Unidos, lo que, a la postre, lastraría a la Unión con nuevas divisiones que afectarían tanto al protagonismo internacional de Europa como a la misma cohesión interna de la Unión Europea.

Por otra parte, el estallido de la crisis financiera y la *gran recesión* que la siguió contribuyó a minar la confianza entre los países europeos, favoreciendo la fractura entre Norte y Sur de la Unión Europea, que se unía a la Este-Oeste, debilitando con ello otro de los pilares fundamentales de la construcción europea, el de la solidaridad. A las tradicionales alusiones al déficit democrático surgidas a finales de los años setenta se unirían con la crisis también las de falta de eficacia, transparencia y solidaridad. Los resentimientos y las sospechas de unos respecto a otros pusieron de manifiesto el mismo problema: muy pocos piensan primero en sí mismos como europeos.¹⁶

Pero eso no es todo. La crisis trajo también consigo un crecimiento de las desigualdades sociales a una escala desconocida desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Tony Judt¹⁷ aseguraba que la desigualdad corrompe a las sociedades desde dentro, y no le faltaba razón, a tenor lo observado en la eurozona durante los últimos años. Ese malestar de fondo, unido a la crisis actual, ha terminado por marcar nítidamente la divisoria entre vencedores y perdedores del proceso de integración. Esa creciente desigualdad europea, según Thomas Piketty¹⁸, se produce, en primer lugar, en economías con bajo o nulo crecimiento económico y de población, como las europeas, en que los efectos redistributivos del sistema fiscal y del Estado de Bienestar son menores. La crisis, por tanto, no habría hecho sino poner de manifiesto esa realidad al reducir prestaciones, dificultar el acceso a la educación de los desfavorecidos y, en general, provocar una avería en el denominado *ascensor social*.

¹⁶ Majone (2014): pp. 211-244

¹⁷ Judt (2011): pp. 185-189

¹⁸ Piketty (2014): pp. 528-531

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

En otras palabras, el contrato social sobre el que se ha ido construyendo el Estado del bienestar hace aguas. Se extiende la percepción de que la globalización, la robotización y los excesos del sistema financiero están teniendo un fuerte impacto negativo sobre los niveles salariales, la cantidad y calidad del empleo y el aumento de las desigualdades dentro de un proceso de empobrecimiento masivo. De hecho, la crisis se ha cobrado millones de parados en Europa del sur y occidental, afectando al ahorro y la calidad de vida de las clases medias y de los trabajadores. No obstante, es preciso destacar la disparidad de situaciones. Mientras la tasa de desempleo en la UE se situaba en el 9% a finales de la primera década del siglo XXI, en países como España o Grecia superaba el 20%. A todo ello, los populismos añaden las amenazas que dicen representar los flujos migratorios y la necesidad de recuperar todas las parcelas de soberanía que ha ido cediendo el Estado-nación ante el avance de la integración europea.

Esto se expresó electoral y políticamente en sucesivos cambios de gobierno en que rotaron élites provenientes todavía de los partidos tradicionales. Pero lo más notable fue el surgimiento y auge electoral de nuevas organizaciones políticas que recogieron esa agenda de protesta, tal como se ha producido a partir de 2010, cuyos efectos han alcanzado incluso a las instituciones europeas dado que los miembros del Parlamento Europeo pertenecientes a partidos de extrema derecha –como el Frente Nacional (FN) de Francia, la Alternativa para Alemania (AfD) y el Partido por la Libertad (PVV) de Holanda – se han unido en un nuevo grupo parlamentario, la “Europa de las Naciones y de la Libertad” (ENL), mediante el cual los líderes de los distintos partidos se han comprometido a respaldar los esfuerzos electorales de los demás, sobre todo en la conferencia de la ENL de enero de 2017 en Coblenza, Alemania.

Por otra parte, El altavoz europeo ha permitido a muchas de estas fuerzas populistas erigirse en actores relevantes de la política nacional en sus respectivos países. Partidos euroescépticos, populistas o claramente xenófobos gobiernan hoy en Hungría o Polonia, forman parte de coaliciones gubernamentales en países como Finlandia, o ejercen de actores clave en la escena política francesa, holandesa o danesa. No obstante, el caso más notable ha sido el británico, donde los partidarios de abandonar la Unión Europea (Brexit) se impusieron en el referéndum de junio de 2016 liderados por el partido euroescéptico UKIP. Finalmente, se ha producido un resurgimiento de las tensiones identitarias, con un importante crecimiento de los partidos nacionalismos extremos y, en algunos lugares, como Escocia o Cataluña, el aumento de los movimientos separatistas

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

que amenazan la estabilidad de viejos Estados-nación como Gran Bretaña o España.¹⁹

Pero no son ni mucho menos los únicos problemas internos. Se observa también la situación de los refugiados desde el verano de 2015 y la deriva nacionalista y populista, que ya no sólo se circunscribe a los países de la *nueva Europa* que ingresaron en la Unión Europea tras 2004, sino a la misma Europa Occidental, y cuyo elemento más visible es el cuestionamiento de Schengen y del principio de libre circulación personas. El problema ya no es solo Gran Bretaña, sino que también quieren apuntarse a estas modalidades otros países que han caído en el euroescepticismo, como Polonia o Hungría, e incluso, más recientemente, Austria e Italia.

Muchos de estos países no solo no creen en la Unión, de la que se han beneficiado, sino que temen diluir en ella, y con la inmigración, su identidad y perder una ilusión de soberanía recuperada tras el fin de la Guerra Fría. No solo se niegan a un sistema de cupos obligatorios de refugiados, sino a que el control de las fronteras externas de la Unión Europea acabe saliendo de la soberanía nacional; todo ello se traduce en la creciente deriva autoritaria de los regímenes de Polonia, Hungría y la República Checa. En suma, a la división Norte-Sur se ha añadido en la UE, por si no era ya evidente, la nueva división Este-Oeste. Para algunos críticos, el problema posiblemente resida en la cultura política. Su prioridad continúa siendo la construcción de nación, y no la integración supranacional como mejor forma de resolver una agenda común de problemas²⁰.

Por otra parte, si las consecuencias de la crisis económica en la Unión Europea han sido severas –s e habla desde hace tiempo de una *década perdida* –, sus problemas en el plano geopolítico tienden a agravarse con la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de noviembre de 2016 en Estados Unidos, quien ha empezado a presionar a los europeos en dos cuestiones: su actitud de *free-rider* en la OTAN, de una parte, y, su superávit comercial con Estados Unidos, de otra, llegando a declarar auténticas *guerras comerciales*, pasando por alto que las relaciones comerciales con Europa asciende a 1,1 billones de dólares. De hecho, desde el 1 de junio de 2018, la Administración Trump ha impuesto aranceles del 25% en la importación de acero y del 10% en el aluminio a la Unión Europea, que ha respondido con represalias a productos tales como el bourbon, el maíz dulce o las motos Harley-Davidson, entre muchos otros, y que entraron en vigor, apenas dos semanas después.

¹⁹ Hobolt (2018): pp.357-392

²⁰ Kravsted (2017): pp. 134 y ss.

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

En consecuencia, dos observaciones parecen evidentes: el debilitamiento de la Unión Europea como *hegemón* del subcontinente europeo debido a su propia crisis interna y el debilitamiento de su articulación privilegiada con el aún *hegemón* mundial, Estados Unidos. Todo ello, coincidiendo con un deterioro de las relaciones con Moscú, *in crescendo* desde la invasión de Crimea en 2014, pero cuyas raíces son más antiguas, desde que Rusia asumió una política revisionista respecto a las condiciones que se le impusieron en el área europea post-soviética durante los años noventa²¹.

Cambio de ciclo o cambio civilizatorio

Setenta años después de la Segunda Guerra Mundial, veinticinco años después del final de la Guerra Fría y más o menos dos décadas después de la Guerra de los Balcanes, el futuro político, económico y estratégico de Europa es mucho más incierto de lo que se predecía apenas hace unos años. Y es que Europa no solo afronta una crisis, sino múltiples, con distintos orígenes y consecuencias, pero que se yuxtaponen y se retroalimentan mutuamente, que amenaza incluso al proceso de integración en la forma en que lo conocemos.

En efecto, la historia del proceso de integración en los últimos años ha estado marcada tanto por una profunda crisis institucional como por una crisis económica de una intensidad, duración y profundidad sin precedentes, y cuyas consecuencias en el contexto de una nueva globalización, a lo que se unen factores o acontecimientos específicos con origen fuera de Europa como los conflictos en Oriente Medio que han coadyuvado el desarrollo de nuevas formas de radicalismo y terrorismo en las ciudades europeas, o el movimiento de millones de personas huyendo de la guerra, están afectando radicalmente a Europa y al proceso de integración europea. De hecho, esta conjunción, para muchos, no supone otra cosa que el trasunto de un cambio civilizatorio, de gran calado histórico, en la que se está viviendo la transición entre el dominio de un Occidente hegemónico durante siglos hacia un Oriente en desarrollo rápido; de los países centrales pero endeudados a los emergentes – en especial China – que producen y ahorran lo que los primeros deben. Una transición, también, de las economías industriales dominantes de los mercados mundiales que imponían precios de materias primas y de manufacturas hacia economías en desarrollo que reciben las inversiones que se deslocalizan de los anteriores. De una economía, finalmente, basada en la industria hasta otra basada en el conocimiento, que está alterando las fronteras del desarrollo y crea nuevos espacios, y distintos, para competir con éxito en la economía global. La crisis se ha convertido en un parte aguas entre

²¹ Kravstev (2017): pp. 108-109

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

ganadores y perdedores del proceso de globalización, y, por primera vez en siglos, Europa parece encontrarse entre los primeros.

Sin embargo, nos encontramos ante una crisis estructural genuinamente europea. En un plano interno, la integración europea – ciertamente – también ha alterado en los últimos sesenta años la naturaleza interna de Europa de un modo más profundo que cualquier otro proceso desde la época carolingia, ya que esta naturaleza siempre se ha definido a través de la división y del conflicto como motores de la evolución creativa, no como una comunidad de valores, fueran estos los del cristianismo, los de la razón universal o los de la democracia. Pero si había conseguido la paz, no tenía un antagonista claro. El ideal de la Unión Europea no tiene el poder movilizador del socialismo o del nacionalismo; inicialmente, dado su componente económico, sólo interesa a las elites. Los demás ciudadanos no percibieron sus beneficios, y cuando se asoció a la paz, el progreso y el bienestar social, aprovechó el consenso permisivo que sobre ella se desarrolló en las sociedades europeas a partir de la crisis de los años setenta al asociarse a los ideales de democracia y defensa del Estado del Bienestar. Sin embargo, el esfuerzo permanente de creatividad política que exigía un proyecto de este calado no siempre ha estado a la altura de lo requerido. Las dudas sobre el mismo, unido a la crisis y la forma en como se ha gestionado, han roto las costuras del consenso social sobre Europa.

Los detractores afirman que la crisis no ha hecho sino poner de manifiesto su carácter utópico, sus defensores al contrario consideran que la crisis ha revelado el carácter operativo de la UE. Para los primeros, asociar tan estrechamente Estados-nación con niveles de desarrollo económico y culturas políticas tan heterogéneas sólo podía conducir al fracaso cuando se enfrentasen a una situación crítica como la planteada con la crisis del euro. De hecho, la partida destinada a gasto social en la UE ha sido una minúscula parte del total desembolsado por los gobiernos nacionales. En tales condiciones no existe, ni ha existido, ningún estrato visible o relevante de ciudadanía social europea. En sentido opuesto, según los segundos, la moneda única, el euro, ha cumplido con su función de sostén del crecimiento económico, de las economías y del nivel de vida de los europeos. La crisis de 2008 tendría su origen en el rechazo a acordar una administración común y solidaria de las economías y de los presupuestos europeos y, por consiguiente una etapa suplementaria. Es decir en el rechazo a “más Europa”.²²

El nuevo ambiente internacional tras el fin de la Guerra Fría abrió, en efecto, durante los años noventa, una ventana de oportunidad para que los países de la

²² Castells (2018): pp. 25-35

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

Europa del ex bloque soviético se unieran al nuevo sistema mundial de un “acuerdo de paz liberal”. Ayudo a las transformaciones democráticas y una relativa estabilización de los países, así como a la introducción de economías de mercado aunque con desiguales tasas de crecimiento y no exentas de desequilibrios. La ruta abierta en política económica – liberalización y desregulación – que debían seguir apuntaba estrictamente hacia fuera, y, mientras tanto, también abrió una nueva ventana de oportunidad para que Europa Occidental formulase – con sus luces y sombras – su respuesta al reto de la globalización, cuyas consecuencias – al menos alguna de ellas – se han dejado sentir en la tercera década tras la caída del Muro.

Una tercera década que se inició con la *gran recesión*, continuación de la crisis financiera iniciada en 2007, y que, en principio, tanto en Europa como en el mundo, estaba llamada a ser la de la consolidación de un nuevo orden, de nuevos actores y nuevas reglas e instituciones. Pero, hoy por hoy, continuamos moviéndonos sin orden ni concierto entre crisis, turbulencias e inestabilidades. La crisis del sistema financiero, desencadenada en los países centrales y que arrastró al resto del mundo a una recesión económica global, representa un parteaguas de la historia que va a delimitar la frontera de ganadores y perdedores en el proceso de globalización.²³

Todo ello no hace sino poner de manifiesto que Europa hace tiempo que dejó de ser el centro del mundo, su centro de gravedad hace tiempo que se ha trasladado fuera de Europa. En realidad, su protagonismo como frente central de la Guerra Fría fue fictici. Europa se autodestruyo con las dos guerras mundiales. El conflicto bipolar y la falsa y extraña estabilidad que trajo permitieron alargar esa sensación entre los europeos. En un artículo titulado “El año en que el mundo cambió de verdad”, el historiador británico Niall Ferguson considera que 1989 fue “un momento de revelación, no de revolución”. En su opinión, se manifestaron sólo las consecuencias de una serie de hechos de largo alcance acontecidos diez años antes: “Al cabo de 30 años nos siguen barriendo las olas históricas de 1979. El muro de Berlín no es más que una de las muchas reliquias de la guerra fría sumergidas por ellas (...) Lo verdaderamente importante desde un punto de vista global son los años setenta”²⁴.

Hoy, con la distancia de los años transcurridos, esa sensación es más fuerte que nunca. Es necesario tener presente que estamos asistiendo al fin de las visiones eurocéntricas del mundo, y no sólo en términos geopolíticos o geoeconómicos. Es más, cada vez se fija más claridad *la idea de Europa como un museo*, descui-

²³ Moreno Juste y Nuñez Peñas (2017): pp. 295-312.

²⁴ Fergusson (2010): pp. 16-20

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

dado y de poco valor. Una idea que no es nueva y que surgió, según Kenneth Weisbrode²⁵, entre los analistas norteamericanos y asiáticos en la década de los setenta, en especial a partir de los desdeñosos comentarios de Henry Kissinger, cuando hablaba de Europa y de los europeos con creciente irritación, coincidiendo con el punto más bajo de las relaciones trasatlánticas en el periodo de posguerra.

Sin embargo, más allá de la anécdota, lo cierto es que los días de auge, declive y caída de las grandes potencias europeas no han acabado, al menos de momento, cuando la verdadera cuestión a la que se enfrenta Europa es saber si sus propias ambiciones globales están reñidas con sus prioridades locales, nacionales y regionales. Sea la respuesta que se quiera o se pueda intentar dar, lo cierto es que Europa no es ni un monumento fijo e inamovible del pasado ni una pieza maestra en un tablero de ajedrez del poder mundial. Tal es la realidad del mundo que para bien o para mal nos han legado los europeos. En este escenario, las instituciones europeas y su devenir no son otra cosa que el trasunto del *Viejo Continente*. Y de momento tiene más sentido pensar en Europa como un entorno – real y virtual –, donde unas cosas se preservan, otras se descomponen y desaparecen, y otras emergen de nuevo. Europa muta y cambia.

Posiblemente, como escribió Antonio Gramsci en sus *Cartas desde la cárcel*, "el viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos"²⁶. Lo cierto es que, si bien la incertidumbre, la desorganización y el caos que parecen presidir los últimos tiempos, no se corresponden, evidentemente, con lo vivido por Europa durante el *Período de Entreguerras*. Nuestro tiempo vivido tiene, sin duda, síntomas de ser un nuevo interregno en la historia de Europa, el pórtico de un "nuevo Viejo Mundo", como diría Perry Anderson²⁷.

Bibliografía.

Anderson, Perry (2015), *El nuevo viejo mundo*, Madrid, Akal.

Beck, Ulrich (2012), *Una Europa alemana*, Barcelona, Paidós.

Berend, Ivan, T. (2013), *Europa desde 1980*, México, Fondo de Cultura Económica.

Brunnermaier, Markus, K. James, Harold y Landau, Jean-Pierre (2018), *El euro y la batalla de las ideas*, Madrid, Deusto.

²⁵ Weisbrode (2010): pp. 56-61

²⁶ Gramsci, (2010): p. 64

²⁷ Anderson (2012): pp. 9-15

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

Castells, Manuel, et. al. (2018), *Las crisis de Europa*, Madrid, Alianza.

Fergusson, Niall (2010), “El año en que el mundo cambió de verdad”, *Vanguardia Dossier*, n. 34, enero/marzo, pp. 16-20.

Gramsci, Antonio, *Cartas desde la prisión*, Madrid, Veintisiete letras, 2010.

Gilbert, Mark (2008), “Narrating the Process. Questioning the Progressive Story of European Integration”, *Journal of Common Market Studies*, Vol. 46, nº 6, pp. 641-662.

Hobolt, Sara H. (2018), “La crisis de legitimidad de las instituciones europeas”, en Castells, Manuel, et. al., *Las crisis de Europa*, Madrid, Alianza, pp. 357-392.

Judt, Tony (2006), *Postguerra. Una historia de Europa*, Madrid, Taurus.

Judt, Tony (2011), *Algo va mal*, Madrid, Taurus, pp. 185-189.

Krastev, Ivan (2017), *After Europe*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Kudnani, Hans (2015), *The Paradox of German Power*, Oxford/New York, Oxford University Press.

Kudnani, Hans (2015), “El surgimiento de la ‘cuestión alemana’”, *Política Exterior*, n. 166, marzo-abril, reeditado en marzo, 2017, especial “La UE 60 años. De Roma a Lisboa”, pp. 16-20.

Majone, Giandomenico (2014), “The general crisis of the European Union: a genetic approach”, en Fossum, John Erik y Menéndez, Agustín José (eds.), *The European Union in Crisis or the European Union as Crises?*, Oslo, University of Oslo, pp. 211-244.

Manners, Ian y Murray, Philomena (2016), “The End of a Noble Narrative? European Integration Narratives after the Nobel Peace Prize”, *Journal Common Market Studies*, vol. 54, nº1, pp. 185-202.

Millward, Alan S. (2000), *The European Rescue of the Nation State*, Londres, Rutledge.

Moreno Juste, Antonio (2018): “The Crisis of the Integration Process and its Impact on the European Narrative”, en Levi, Guido y Preda, Daniela (eds), *Euroscepticisms. Resistance and Opposition to the European Community/European Union*, Bolonia, Società Editrice Il Mulino, pp. 75-88.

Moreno Juste, Antonio y Nuñez Peñas, Vanessa (2017), “Coda. El retorno de la desigualdad”, en *Historia de la construcción europea desde 1945*, Madrid, Alianza.

A. MORENO JUSTE – EUROPA EN EL SIGLO XXI

Moravcsik, Andrew (2002): “In Defence of the ‘Democratic Deficit’: Reassessing Legitimacy in the European Union”, *Journal Common Market Studies*, Vol. 40, nº 4, pp. 603-624.

Piketty, Thomas (2014): *El capital en el siglo XXI*, Madrid, Fondo Cultura Económica.

Van Middelaar, Luuk (2013): *El paso hacia Europa*, Barcelona, Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores, pp. 294-306.

Weisbrode, Kenneth (2010): “El museo vivo de Europa”, en *Vanguardia Dossier*, n. 34, enero-marzo, pp. 56-61.